

Historia de vida. Juan Pablo Sánchez

Me arrastran al Jardín

¡Ahhhhhhhhhhhh! ¡Nooooooo! ¡Auxilio! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! Un día, hace veinticuatro años, un par de enfermeras arrastraban a un loquito por el pasillo de un manicomio, y ese loquito pateaba, gritaba y lloraba, con las piernas medio flexionadas, el cuerpo inclinado hacia atrás y agarrándose de cuanto cosa hubiera a su paso. ¿Cuántas veces un adulto ha tomado el cuerpo más débil de un niño y lo ha manipulado como una silla? Pero la silla no grita.

Todos conservamos a ese niño inadaptado en la memoria, es decir, en el cuerpo; pero nos han enseñado a olvidarlo a la fuerza, como una etapa más del desarrollo, porque es peligroso para el orden adulto establecido.

Soy su papito

Tal vez solo así me sea lícito volver a ser niño. Con ellas juego como niño, por eso, para mí ser padre es un retorno y, a la vez, una utopía. Un retorno a la liberación de energías creativas en contra de autocensuras y vergüenzas, y el sueño de que esa liberación puede extenderse y dirigirse contra el orden adulto establecido. Al ser su papito y, en consecuencia, amarlas locamente, sueño con un mundo en el que se derroque el orden adulto y triunfe el juego y la fantasía. ¡Viva la revolución infantil en marcha! ¡Abajo la opresión del mundo adulto! ¡Viva la rebelión de los loquitos contra sus loqueros!

Por ser su papito, comprendo que no hay aprendizaje sin afecto, sin involucrarse hasta el desquicio. Comprendo también que no hay aprendizaje sin juego. Comprendo que no hay revolución infantil sin permitir jugar y sin jugar yo mismo.

¿Por ser su papito comprendo también que soy su loquero? ¿Uno más permisivo y menos estricto, más cercano y menos distante, más involucrado y menos despectivo, pero al fin y al cabo, loquero? Los loqueros no juegan los juegos de sus loquitos, más bien los loquitos deben jugar los juegos de los loqueros. Pero, aunque los jugaran, los loqueros tendrían siempre un pie en el principio de realidad y en el orden adulto. A menos que perdieran el principio de realidad, en cuyo caso ya no serían loqueros sino loquitos. Entonces hablarían idiomas inventados por ellos mismos en la calle, inventarían o resignificarían palabras desjuiciadamente, y las repetirían como loros, harían piruetas y berrinches

tirándose al piso, se la pasarían pintando, cantando, bailando, actuando, inventando historias y personajes, se la pasarían inventando nuevos juegos, experimentando con las reglas. Y si ya no hay loqueros, sino solo loquitos, el orden adulto queda derrocado y empieza el caos revolucionario.

Gracias a que soy papá y me vi enfrentado a escolarizar a Victoria, conocí la EPE. Allí los loquitos y sus loqueros corren, juegan, hacen, hablan libremente por el caótico lugar. Los límites, espaciales, temporales, colectivos, etc., los construye cada grupo de loquitos y loqueros. Todos juegan y esa es la clave, que los loquitos y los loqueros jueguen libremente. Después de conocer ese lugar mis prácticas no volvieron a ser iguales, simplemente ya no puedo hacerlas igual. Entonces esta universidad me parece una empresa controladora y, una vez más, me he sentido como un loquito encerrado, al que le han puesto una camisa de fuerza para domesticarlo. Victoria ya no está en la EPE, su mamá prendió una motosierra y me amenazó con su sonido, y tuve que bajar los brazos y aceptar que a mi loquita la disciplinaran las malditas monjas. Esa es la historia de este país sangriento, según ella, porque la gente que no es educada con unos límites adultos preestablecidos se torna violenta. ¡Pero la violenta eres tú y tus motosierras!

Valeria no será escolarizada, no todavía. Y si nos vemos obligados a escolarizarla por el orden adulto establecido, quizá la escolarizaremos en la EPE. Y tal vez Victoria entienda más adelante por qué luché tanto y por qué tuvo pesadillas, pero también por qué bajé los brazos: porque no quería que corriera más de su sangre en la revolución de los infantes.

Me escapo del colegio

Esa vez no fue como las otras. Antes no había entrado y me había ido a fumar y a jugar billar. En los billares me encontré con el lobo y el zorro, y Pepe Grillo me había amonestado fuertemente por mi ingenuidad. Esta vez lo haría desde adentro, saltaría el muro, directo a la cuarenta y cinco. Llegué al patio sur, me interné en los pinos, mis cómplices, y trepé el muro. Cuando estaba arriba, divisé la ciudad agitada, y después salté al asfalto sin pensarlo mucho. Cuando alcé mi mirada, estaba Piedad haciéndome una seña con la mano. Esta vieja cacorra se había salido a comprar su paca de Piel Roja justo en la tienda frente a la cual aterricé. Sentí las miradas y las voces de la gente, que decían, lo pillaron, lo agarraron. No sé si alguno de ellos hizo aunque sea un poquito de fuerza a mi favor. Creo que no. Yo era el malo. El estudiante siempre es el malo. ¿El colegio acaso está en cuarentena y los estudiantes somos unos apestados? ¿O es acaso

una cárcel y los estudiantes, unos delincuentes, unos vagabundos que han de ser corregidos? ¿Qué queda de las escuelas y el sistema educativo entero sin el presupuesto de que todos estamos enfermos y necesitamos nuestra correccional? Tal vez no las calificaciones, los programas, los reglamentos ni los horarios ni las sanciones por plagio.

Piedad me llevó como de la oreja directo a la puerta del colegio. Yo traté de sobornarla con falacias patéticas, pero no me escuchó, hizo lo correcto. Y ahí va, cogieron al delincuente que se estaba tratando de escapar de la cárcel. Ahí va, esposado con las manos atrás y su mirada al piso. Ahí lo llevan a la oficina de la Directora General del hospital, una vieja con cara de payaso y sonrisa sádica. Esta vez pataleé con el discurso, como se me ha hecho habitual. Ellos solo quieren razones, explicaciones, racionalizar las conductas para devolverlas a la normalidad. Y mis razones fueron un vómito de sensaciones, percepciones y emociones dirigidas contra la institución y sus reglamentos.

Entonces, alguien inteligente me puso como tarea, en los días que me dieron de castigo, escribir mis observaciones al manual de convivencia. Y yo hice mi tarea con juicio. Analicé el manual de convivencia con detalle y escribí una sarta de inconformidades, en las que echaba al agua a uno de mis enemigos, el profesor de filosofía. Hice firmar mi sarta por algunos de mis compañeros y la entregué a la coordinadora. Unos días después me respondió con comentarios al margen, obviamente criticando mis posiciones. Cuando hay alguien inteligente del otro lado, usa su inteligencia, no obstante, para tratar de que el loquito entre en razón, no para escucharlo. El profesor de filosofía sí no se salvó.

Un año después, tal vez dos, me la pasaba jugando a hacer carreritas hasta la acera de enfrente de la cárcel. Cuando abrían la puerta del pabellón sur para sacar a los loquitos de prekindergarten, yo hacía ese gesto de carrera atlética antes de arrancar y corría los cien metros hasta afuera y me devolvía. Y me divertía mucho el desafío. El resto de los descansos, cuando nos dejaban salir al patio a tomar el sol, me quedaba solo pensando, como desafiando a los otros presos, que necesitaban al grupo para sobrevivir. Pensando y leyendo a Nietzsche, a Caicedo y a Vallejo, no esas porquerías del Popol-Vuh y el Carnero que hacen odiar a cualquiera la lectura. Y mi hermana llega y, aunque por ella escucho *Nirvana* y *Alice in Chains*, me dice que me dio muy duro la adolescencia. Claro, si usted terminó estudiando Administración de Empresas. Pero me largué a otro país, lejos de mis papás, y me he hecho camino sola. No como usted, chino consentido. Es más dura la vida para el hermano mayor.

No me corto el pelo

¿Señor, cuándo se va a cortar el pelo? Cuando me quede calvo, señora. Y todavía no me quedo calvo. A los loquitos del Pabellón número seis no nos dejaban tener el pelo largo; a los loquitos varoncitos, digo. ¿Y por qué las mujeres sí lo pueden tener largo?, preguntaba. No había respuestas. ¿Entonces por qué el loco era yo, si ellos no podían entrar en razón y responder algo tan simple? No me lo corto y no me lo corto. Entonces llamaron a mis papás. Y ellos llegaron aquel día con un bultado de libros y fotocopias entre manos, dejaron que la gravedad hiciera su trabajo sobre la mesa de la Directora y le regalaron una buena cara de desconcierto. Ese bultado contenía leyes y otros documentos que probaban la imbecilidad de la norma. Ese día firmamos un acta en la que decía que me comprometía a llevar el pelo recogido ¡y limpio! Qué tal estos imbéciles y su higiene, como si yo fuera una bacteria infecciosa por no adaptarme a la imbecilidad. Gracias, mamá, gracias, papá. Ustedes también han sufrido la inadaptación. Mi papá es un loquito que nunca se adaptó a Colombia. Mi mamá es su loquera y me enseña Freud y a jugar con mis loquitas. Como cuando la llamé un día que tuve aquel episodio porque recordé que mi hija jugaba a que estaba en la barriga del papá monstruo y que ella nacía una y otra vez de las cobijas. El juego es lo que permite elaborar las fuerzas indómitas que nos habitan.

El teatro me rescató

El profesor Camilo, Camilo Torres, me enseñó sobre el estado de beligerancia política cuando le pregunté por la guerrilla zapatista y el subcomandante Marcos. Me miró a los ojos y me dijo provocadoramente: que usted lleve el pelo largo es un asunto suyo. Y cómo no, si él también lo llevaba largo. Pero se lo cortaron. Recuerdo la escena de la *Lista de Schindler* en la que a las señoras de la lista las llevan por error a Auschwitz y les cortan el pelo mientras lloran. La relación con el propio cuerpo también puede ser objeto de dos cosas: o bien una relación de enajenación, en la que uno no se puede reconocer a sí mismo, en la que es forzado por y para otros, o bien una relación creadora y estética, en la que el propio cuerpo expresa la riqueza de cada subjetividad, el propio cuerpo como obra de arte.

Con él leímos *Economía política* de Paul Nikitin, supe de Weber y de Marx. Nos daba clase como si fuéramos inteligentes, no delincuentes en rehabilitación. Era una clase magistral, nada novedosa ni aparatosa, simplemente él hablaba a partir de la lectura

seleccionada y nosotros escuchábamos, y cuando queríamos podíamos preguntar, problematizar, comentar; la actividad estaba en el discurso, en cómo lo dirigía a nosotros y en la inquietud que nos generaba. Era un profesor joven y lo sentíamos como uno de los nuestros, que había leído bastante y nos servía de puente con los autores y los saberes directamente, no a través de libritos de texto, comentarios o cualquier otro tipo de muleta. Yo prefería colarme al otro décimo a repetir el discurso que entrar a alguna clase aburrida de química o de español, donde no teníamos acceso directo a nada, solo al tablero y a fórmulas sin sentido. Gracias a él, tuvimos el espacio y la energía para montar *La Siempreviva* y yo hice el papel de Don Carlos, un viejo facho y machista. Después montamos una de Enrique Buenaventura y yo era Salomé, un prostituto travesti que cuando era niño fue violado por cinco hombres. Y finalmente, *A fuego lento* de Patricia Ariza. Hacer esas obras se convirtió para mí en uno de los pocos alicientes para ir al Pabellón número seis. Aprendí a leer, a interpretar, a expresar con mi cuerpo, a conocer el potencial de mi voz, a hacer crítica social, a ser reconocido por los demás. Aprendí más allí que en esa interminable rutina de la gramática, la ortografía, el cálculo, la trigonometría, y los alcanos, alquenos y alquinos. Es increíble cómo el sistema educativo nos enseña a odiar la ciencia, la literatura y hasta la música, por imponérselas como un deber, una obligación. Hace poco un loco de los que domestico me dijo que el sistema educativo está hecho para habituarnos al aburrimiento. Cuánta verdad, apreciado loquito, porque si no se nos enseña a habituarnos al aburrimiento armamos una revolución proletaria. Profesor Camilo, hace tres años volví a leer a Marx y ahora como trabajador entiendo que me he preparado toda la vida para conformarme con el trabajo enajenado. La revolución comunista consiste en derrocar el trabajo enajenado y convertirnos todos por igual en artistas, trabajadores creativos. Hermanos, todos aquellos que estáis trabajados y cargados, comenzad la revolución hoy con vuestro propio trabajo, transformadlo en un arte, que él os hará descansar.

Mi preseminario y la prohibición de decir “yo pienso”

¡Que no diga “yo pienso”! ¡Pero si es un preseminario sobre Descartes, *Discurso del método*! ¡Pues toma tu trabajo final, Gloria Patricia Rojas de Flórez y de Prada! Escrito todo, de manera exacerbada, en primera persona. Tema: la primera persona en filosofía. Excepto por eso, todo el preseminario fue una invitación a emancipar la inteligencia debatiendo con otros. La Facultad de Filosofía de la Javeriana solo tiene salas de

seminario y el currículo está conformado, en su mayoría, por seminarios. Hoy estoy en un seminario y no me aburro. Me gusta jugar este juego.

La ironía en un seminario de Platón

Me correspondía leer el protocolo. Al terminar, el derridiano-platónico-nicolás-gómez-daviliano levantó su mirada y con una sonrisa en la boca dijo que no había pasado tantos años leyendo a Platón como para no poder reconocer la ironía de sus estudiantes. Todavía me dan risa mis frases: “después del monólogo del director del seminario...”, “una vez terminó su cátedra magistral...”. Para mí, se había perdido el sentido del seminario, que es el debate y la construcción colectiva. Pero no fue la única vez que pasó. Más bien, se convirtió en algo habitual: los seminarios convertidos en cátedras donde los eruditos profesores se relamían en su sabiduría y los estudiantes se mantenían hipnotizados, tragándose entero todo lo que les decían, tal vez para aprobar el examen. Recuerdo que aquella vez sentí ese vacío en el estómago, ese vértigo, y ese revoltijo en la cabeza que no deja pensar serenamente. Esa es una sensación que me hace sentir vivo, como la que siento cuando entro en calor y empiezo a vociferar en clase, contra la disciplina, la enajenación o la falta de autenticidad en lo que hacemos. Cuando lo hago, creo que transmito energía, pasión, afecto. Cuando no lo hago, es mucho más difícil que llegue el mensaje. De todo lo enseñado yo amo solo aquello que alguien enseña con su sangre. Enseña tú con sangre y te darás cuenta de que la sangre es espíritu.

Temblores y sacudidas

El trabajo enajenado es cuando el trabajador no puede reconocerse en su propio trabajo, porque este no le pertenece y es reducido a mero rendimiento, por lo que sus atributos creativos y estéticos son abstraídos del proceso. Supongamos que hay una señora que tiene dos hijos y tiene que alimentarlos todos los días, además de llenar su propio estómago. Como esta señora no ha recibido ninguna propiedad material o inmaterial como herencia, entonces no le queda más remedio que vender su fuerza de trabajo a una familia, que sí tiene un capital acumulado. Entonces en ocho horas de trabajo diarias o cuarenta a la semana, a cambio de un salario, esta señora pone sus fuerzas corporales a producir, pero el producto del trabajo no le pertenece, sino que le pertenece a la familia, por el hecho de disponer para sí de las cuarenta horas de trabajo. La señora no se acuesta en la cama que tiende con sus propias manos ni lee los libros a los que sacude el polvo. Lo mismo le pasa a un profesor de la Universidad El Bosque, que no soy yo: se ve

forzado a vender su fuerza de trabajo a la universidad, no solo a cambio de un salario sino de sonreír a diario, acatar las órdenes que sus jefes le mandan a través de subalternos, llenar cuadros burocráticos, insertarse en un orden institucional que no es suyo, que lo sobrepasa, en suma, que no le pertenece. Y encima “prestando servicios” a otras unidades académicas, que le dejan apenas un escaloncito auxiliar en el currículum, pero se sienten en pleno derecho de disponer de su trabajo. Si él quisiera afirmarse personalmente en su trabajo, convertirlo en un trabajo libre y creativo, primero tendría que hacerlo pasar por la máquina registradora de cada semestre, que le calcula sus horas de trabajo abstracto y le fija las obligaciones a cambio de la recompensa del salario. Una clase equivale a tres horas, multiplique ahora por 13.3333 clases para que el resultado sea igual a cuarenta. ¿Qué trabajo creativo y estético va a hacer si le dan solo una hora para prepararlo? Si la tierra es para el que la trabaja, ¿la universidad no es para el que enseña y para el que aprende? ¿Por qué no treintaisiete horas para pensar y tres para ejecutar? Bueno, lo negociamos: ¿treintaicuatro para pensar y seis para ejecutar? ¡No; adáptese, cállese y obedezca, si no quiere que sus hijas pasen hambre! (Pero es más difícil dejar sin trabajo a doce que a uno solo; no me suelten las manos loquitos... ¿Pero ustedes quiénes son? ¿Loquitos o loqueros? Ya no los distingo).